

so los ejercicios de devoción y de piedad que suelen practicarse en obsequio de la Reina de los cielos; excelente y muy recomendada y eficaz la recitación diaria del Santísimo Rosario y demás prácticas piadosas que se la consagran, y ayudan maravillosamente á conservar el fervor y mantener viva la devoción á esta Señora; pero no constituyen por sí mismas la esencia de la verdadera devoción; no son sino medios eficaces para adquirirla y fomentarla. Por ello, sin abandonar estas prácticas y ejercicios, que tan agradables son á nuestra Madre, procuremos con tenaz empeño copiar en nuestras almas las perfecciones con que Dios la ha enriquecido; que no exista entre Ella y nosotros la monstruosa semejanza de una Madre pura y santa, y unos hijos que distan mucho de parecersele. Imitemos su fidelidad á la divina gracia ejercitando todas las virtudes, especialmente la humildad y la caridad en que tanto se distinguió. De esta suerte podremos llamarnos, y ser en realidad, verdaderos devotos de su Inmaculado Corazón y alcanzar la gracia imponderable de la perseverancia final que á todos sus devotos promete esta Señora cuando les dice: *Los que me honran, imitando mis virtudes, alcanzarán la vida eterna* (1).

(1) Eccli., XXIV, 31; S. Bernard., serm. 39, in Cant.



PROFESIÓN RELIGIOSA



PROFESIÓN RELIGIOSA ⁽¹⁾

*Veni de Libano, sponsa mea, veni de Libano, veni:
coronaberis.*

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano: ven
y serás coronada.

(Cant. cant., IV, 8.)



A llegado, hermana mía, el momento tan deseado por ti de acercarte al altar santo, conducida por el celestial Esposo de las almas, para consumir el místico desposorio que el mundo desconoce, el corazón presente y Dios gustoso ratifica. Cuando hace un año fuiste admitida en la Religión en calidad de novicia, el enamorado Jesús se te mostró á lo lejos—como se mostraba á los israelitas que peregrinaban por el desierto—como una columna de fuego que guiaba tus pasos por las vías del amor (2), como una nube de esperanza que arrebatava tus ojos (3), como una aurora de hermosura que atraía fuertemente tu corazón con lazos de caridad.

Cual la esposa de los Cantares que no acertaba á sepa-

(1) Para religiosas de clausura.

(2) Exod., XIII, 22; Núm., XIV, 14.

(3) I. Corinth., X, 1; Esdr., IX, 19.

rarse de la puerta de su enamorado y permanecía en el umbral con los ardores y vehemencias de quien ansiosamente codicia (1), podías repetir á cada instante: *Estoy á la puerta y llamo* (2). Pudiste sospechar que tu Amor dormía por lo que en abrirte tardaba, y no era así, porque el Amor, *cuando duerme, tiene en vela el corazón* (3). Quería probarte; quería ver si pertenecías al número de las *vírgenes prudentes* (4); y cuando se ha convencido de que *tu amor es fuerte é invencible como lo es la muerte* (5); cuando ha visto que los hielos de tan dilatada espera no amortiguaron los ardores de tu devoción; cuando se ha asegurado de que eras digna de Él y de morar en su real palacio, es cuando viene á decirte: *Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano: ven y serás coronada*.

Sal, pues, hermana mía, *como esposa ataviada con sus más preciadas joyas* (6); sal á recibir al Amado de tu corazón, al *Esposo escogido entre millares* (7); *sal á recibir á tu Rey que viene á ti lleno de mansedumbre* (8) *para desposarte consigo para siempre* (9), *porque se ha enamorado de tu hermosura* (10) *y escogídotte con preferencia á muchas de tus compañeras...* (11).

Mas antes de efectuar este místico desposorio, deseo—porque te interesa—que separes por un instante tus ojos de Jesús y los vuelvas á la realidad de la vida; que prestes atención, no al eco de la voz del cielo que te llama, sino á las palabras que voy á decirte. Tómallo con paciencia, hermana mía, y sea éste el primer sacrificio que ofrezcas á Dios: el de escucharme atenta mientras declaro:

- 1.º Qué es lo que la esposa da al Esposo.
- 2.º Qué es lo que el Esposo da á la esposa.

(1) Cant., III, 1.
 (2) Apocal., III, 20.
 (3) Cant., V, 2.
 (4) Matth., XXV, 4.
 (5) Cant., VIII, 6.
 (6) Isai., LXI, 10.

(7) Cant., V, 10.
 (8) Matth., XXI, 5.
 (9) Osee, II, 19.
 (10) Psal. XLIV, 12.
 (11) Psal. XLIV, 8.

I

Qué es lo que la esposa da al Esposo. De los que contraen matrimonio en el orden de la naturaleza, ha dicho Dios que *serán dos en una carne* (1). De este desposorio místico del alma religiosa con Jesucristo cabe decirse que serán dos en un mismo espíritu (2). Debe el alma consagrada á Dios vivir de tal suerte que se vaya despojando de su espíritu viejo, del espíritu de la vieja Eva (3), para adquirir el espíritu nuevo (4), el espíritu del nuevo Adán, que es Jesucristo (5), y de la nueva Eva, que es la madre Religión.

Lo primero que ha de llevar la religiosa al altar donde ha de ser entregada en los brazos del Esposo celestial, es el espíritu nuevo de sacrificio. ¡Ah!, no pienses, hermana mía, que la profesión religiosa constituye de suyo un medio eficaz para librarte de los rudos ataques de las tres concupiscencias (6), y que ya no has de verte en aprietos y congojas, en tentaciones y quebrantos, como si no vivieras en *cuerpo mortal y corruptible que agrava al alma* (7), que esto no es posible en esta vida; no te forjes la ilusión de que vas á recrear tu espíritu en las apacibles delicias de la holganza, ni á retirarte de la gran batalla en que están empeñados los hijos de Dios contra el poder de las tinieblas (8), ni á hallar un lugar seguro y un puerto abrigado donde pasar tranquilamente el resto de los años contemplando los horrores que causa la tormenta en los infelices que navegan por este golfo tempestuoso del mundo. Ni vivas en el error de que la vida religio-

(1) Génes., II, 24; Matth., XIX, 5; Marc., X, 8; I. Corinth., VI, 16; Ephes., V, 31.
 (2) Joann., XVII, 11; I. Corinth., VI, 17.
 (3) Ephes., IV, 22.

(4) Ezech., XI, 19.
 (5) Ephes., IV, 24; Coloss., III, 10.
 (6) I. Joann., II, 16.
 (7) Sapient., IX, 15.
 (8) Ephes., VI, 12.

sa es tranquila como las aguas de un lago, serena como una plácida noche de estío, dulce como blando y aromoso lecho de rosas, porque la vida religiosa es vida de perenne é incruento sacrificio. Sólo una consideración hace suave y deleitoso este sacrificio y es, que matamos los fementidos goces de la tierra, para saborear la dulcedumbre de los placeres del cielo; mortificamos la carne, para dar libertad al espíritu (1); ayunamos en el tiempo, para saturarnos en la eternidad (2); nos crucificamos en vida, para resucitar á vida perdurable (3).

Pobreza. El primer sacrificio que se le impone á la persona que hace votos en la Religión—sea ésta cual fuere—es el del mundo exterior, el de las cosas del siglo, el de los bienes de la tierra, el de las haciendas y haberes, que son espinas que atormentan el corazón (4). Es lo primero que harás, hermana mía, con el voto de pobreza; aunque á decir verdad, procurando la Religión *vestido con que cubrirte y alimento* que repare tus fuerzas (5), la pobreza religiosa ha de estar más en el espíritu que en el cuerpo, en el deseo más que en la obra.

Es un sacrificio que te exige el Esposo que vas á tomar. Tan codicioso está de tu amor (6), que no consiente se te pegue el corazón á ninguna de esas cosas baladíes, que el mundo llama bienes de fortuna (7) y tras las cuales son arrebataados los ojos y el corazón de los hombres. Quiere que sean tan espirituales, tan sin mezcla de materia tus castos amores, que ni el apetito, ni el deseo, ni la sombra de cosas terrenas y groseras puede tolerar. No sufre su amante Corazón que le robes al amor el tiempo que habrías de consagrar

(1) Rom., VIII, 13; II. Corinth., VII, 1.

(2) Psal. XVI, 15; Jerem., XXXI, 25.

(3) Rom., VIII, 17.

(4) Luc., VIII, 14.

(5) I. Timoth., VI, 8.

(6) Prov., XXIII, 26.

(7) Sapient., II, 6; I. Corinth., XV, 32.

á los cuidados terrenos; por eso amó tanto la pobreza; por eso *ama á los pobres de espíritu y les promete el reino de los cielos* (1), porque la pobreza, desembarazando de afanes y cuidados, deja en más libertad para amar y servir al Esposo. Por tanto, con el fuego de la devoción que el Señor ha puesto en tu alma, debes encender y abrasar en la pira de tu corazón á los enemigos de tu reposo (2), esto es, las vanidades y locuras del siglo, esas haciendas, esos faustos, esos aparatos que á los mundanos seducen y que desprecian los hijos de Dios, los amadores de los bienes á que no alcanza *el diente de la polilla ni la codicia del ladrón* (3). Quédese para los mundanos el afecto al lujo, la pasión por las piedras preciosas, la adoración del becerro de oro (4); tú que debes ser espiritual, y en los santos amores debes arder, despójate de los trapos en que otros cifran la dicha y vístete el traje nupcial de las vírgenes consagradas á Dios, que es la blanca túnica de la pureza y la regia púrpura de la encendida caridad (5).

Si atentamente lo consideras, hermana mía, este sacrificio es harto fácil y, si me apuras, ventajoso. Fácil, porque cuanto dejas, ó es *vil metal que el orín consume* (6), ó es *heno del campo que por la mañana florece y á la tarde está seco* (7). Todas las riquezas del mundo son eso: *codicia de ladrones*, alimento de malos deseos, repugnante *idolatría* (8), pasto de las llamas; son carga del espíritu, *concupiscencia de los ojos* (9), distracción del pensamiento, afán del alma; son tierra que llama á la tierra, cadenas que esclavizan, redes que tiende el demonio para robar la libertad del corazón; son lazos que

(1) Matth., V, 3; Luc., VI, 20.

(2) Psal. XCVI, 3.

(3) Luc., XII, 33; I. Timoth., VI, 19.

(4) Exod., XXXII, 8; III. Reg., XII, 28.

(5) Prov., XXXI, 22; Apocal., III, 5.

(6) Matth., VI, 19.

(7) Eccli., XIV, 18; Isai., XL, 7; Jacob., I, 10; I. Petr., I, 24.

(8) Ephes., V, 5.

(9) I. Joann., II, 6.

ahogan, semillero de iniquidades engendrador de insomnios; son *mueertos que entierran á muertos* (1), son esposas que atan las manos, grillos que sujetan los pies y *grande impedimento* para el logro *de la salud eterna* (2). El sacrificio de semejantes naderías y basuras—pues todo lo que no sea Jesucristo es basura y perdición (3),—el sacrificio de cosas que estén lejos de nosotros para que menos fuerza de sugestión ejerzan sobre nuestras almas, es fácil y ventajoso, porque con lo que nada vale compramos el amor del Corazón de Jesús, y con lo que en la tierra ha de quedar—porque es de origen y naturaleza terrenos—adquirimos *el ciento por uno en esta vida y la gloria en la que no ha de tener fin* (4).

Castidad. Otro sacrificio exige é impone la profesión religiosa, y consiste en refrenar las concupiscencias de la carne por el voto de castidad. Debes suponer que no se habla de aquellos pensamientos, deseos, palabras y obras que á ningún cristiano se le permiten, porque están en oposición con la Ley de Dios y los preceptos de la naturaleza; se trata del sacrificio de todo placer sensual de cualquier modo procurado; trátase de hacer la vida de pureza que hacen los ángeles en el cielo; trátase de olvidar las necesidades de la carne y de dar muerte á aquel aguijón mortificante que tanto molestaba á San Pablo (5); y tanta debe ser la pureza y delicadeza de las religiosas en este punto, que hasta repugne hablar de él, toda vez que, como escribe el mencionado Apóstol, *ni siquiera debe nombrarse* (6).

No extrañes, hermana mía, que el divino Esposo Jesús sea tan extremadamente celoso de tu amor (7), que llegue á exigirte tan minuciosa circunspección y cuidado en este

(1) Matth., VIII, 22.
 (2) Prov., XI, 4; Eccli., V, 10;
 Matth., XIX, 23.
 (3) Philipp., III, 8.

(4) Matth., XIX, 21; Marc., X,
 21; Luc., XVIII, 22; Coloss., II, 3.
 (5) II. Corinth., XII, 7.
 (6) Ephes., V, 3.
 (7) Exod., XXXIV, 14.

punto, puesto que te lo pide con harta justicia. *Eres hechura suya* (1), propiedad suya; *ya no sois de vosotros*, dice San Pablo (2), sino de Dios; como esposa de Cristo, á Él perteneces en cuerpo y alma; en consecuencia, deduce el Apóstol, *debes glorificarle y llevarlo siempre en tu cuerpo*, convertido por la gracia *en morada del Espíritu Santo* (3), *y el ornamento de la Casa de Dios*, añade el Profeta, *debe ser la santidad por la serie de los siglos* (4). El divino Esposo lo exige así; Él que es todo pureza y santidad (5), que no consintió ni aun la sugestión en este punto, aunque otras tentaciones quiso padecer (6), no ha de tolerar en sus esposas, las almas religiosas, cosa contraria á esta pureza *de cuerpo y de espíritu* (7), como no se sufren manchas en los vestidos de gran precio, ni empañadura en el límpido cristal del alma, donde como en un espejo se mira Dios (8).

Meditate sosegadamente la esposa la calidad y limpieza del Esposo (9) al cual se une y las espirituales bodas que celebra, y convénzase de cuánto la importa la pureza en el pensamiento y en el deseo, en la palabra y en la acción. Es Jesucristo el Cordero que *se apacienta entre lirios* blanquísimos y perfumados (10), que son los pensamientos y deseos de las religiosas; piensen éstas que viven en las casas donde mora su Esposo, y guárdense de llenarlo del *oprobio é ignominia de la suciedad* (11). Vivir entre el vaho de esta pestilencial condición de la materia y no impregnarse de él; rozar con las alas esta baja tierra y no contaminarse; ser mujer por la naturaleza y ángel por la pureza; ser carne de concu-

(1) Job, X, 8; Psal. XLIX, 3;
 Psal. CXVIII, 73.
 (2) I. Corinth., VI, 19.
 (3) II. Corinth., VI, 16.
 (4) Psal. XCII, 5.
 (5) Levit., XI, 14; Josue, XXIV,
 9; I. Reg., II, 2.
 (6) Hebræ., IV, 15.

(7) I. Corinth., VII, 34.
 (8) Job, XXXIV, 21; Jerem.,
 XVIII, 10; I. Petr., III, 12.
 (9) Cant., V, 15; Joann., VIII, 46.
 (10) Cant., III, 16.
 (11) Isai., XXII, 18; Jerem.,
 III, 25.

piscencia y conservar inmaculado el espíritu, tal es la materia de este segundo sacrificio, el cual, cuanto es más costoso, tanto es más meritorio.

Obediencia. Después de haber sacrificado el alma religiosa en aras de su amor al Esposo las cosas que se han dicho, esto es, el mundo con todos los trofeos de sus pompas y vanidades y la carne con su asqueroso y repugnante cortejo de concupiscencias y liviandad, aun la queda algo que sacrificar, algo que es más íntimo, más personal, que la llega más al alma, esto es, el propio juicio y la voluntad propia. Este postrer sacrificio lo hace mediante el voto de obediencia.

Tan importante es este sacrificio en el estado religioso, que constituye su esencia, y sin él los restantes no tienen mérito y él solo basta para cimiento de toda Religión, dice el Doctor Angélico (1). ¿Para qué querría el Esposo de su esposa el sacrificio del mundo y el de la propia carne, si no se le hiciera el de la voluntad? Voluntades quiere Jesucristo (2), voluntades prontas y devotas, voluntades rendidas y sacrificadas, voluntades dóciles y obedientes. Sin el sacrificio de la voluntad en obsequio de la obediencia, ni el retiro es morada de santificación, ni las almas son esposas de Dios, ni Dios hace mansión en los corazones, ni el desposorio espiritual es unión fuerte é indestructible, ni existe el vínculo religioso, ni puede el Señor gobernar la amada grey de sus esposas, ni siquiera hay vida espiritual.

Consiste este sacrificio en desasirse del juicio privado y en no hacer cosa por propia voluntad. Ya no manda la religiosa en sí misma, sino que manda la Superiora y el confesor, mandan las Constituciones y Reglas, manda Dios á quien se rinde la voluntad (3). No es lo mejor y más perfecto aquello

(1) 2. 2. q. 186. art. 8; Suárez, De statu relig., lib. 10, cap. 9.

(2) Prov., XXIII, 26; Act., XIII, 22.

(3) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.

que nos parece, sino aquello que se nos manda, porque no es la obra en sí misma, sino el rendimiento del propio juicio y voluntad lo que da valor á nuestros actos. Los que en el siglo viven son mariposas que vuelan libremente por el ameno jardín de las virtudes, deteniéndose en aquellas flores que más halagan la vista ó más recrean el olfato; las esposas de Jesucristo están sujetas al *suave yugo* de la obediencia (1), y es para ellas virtud lo que se las manda, aunque parezca lo menos perfecto, y es vicio y defecto aquello que se las prohíbe, aunque tenga trazas de ser lo mejor. El regalo del cuerpo y el placer del espíritu son de mayor mérito en la presencia de Dios—si se ajustan á los preceptos y fueros de la obediencia—que el ayuno y la mortificación voluntariamente impuestos y practicados (2). En una palabra, la obediencia es virtud, es mérito, es justicia, es religión, es santidad, es seguridad; la obediencia es la sustitución de la voluntad propia por la de Dios. Esta es, hermana mía, la dote que llevar debes al pie del altar de Dios, como desposada con Jesucristo.

Si te pareciere pesado y duro el sacrificio que el celestial Esposo te exige—y bien sé que hoy no te lo parece y plegue al cielo que no te lo parezca nunca—y juzgares que das mucho á Dios, voy á declararte brevemente lo que para la segunda parte te prometí, es decir,

II

Lo que el Esposo da á la esposa. Cuando en los matrimonios del mundo existe notable desigualdad en las dotes de los desposados, rómpese alguna vez la buena armonía de los cónyuges y la paz falta en el seno del hogar.

(1) Matth., XI, 30; I. Joann., V, 3.

(2) I. Reg., XV, 22; Isai., LVIII, 3; Osee, VI, 6.